

FORMACIÓN Y MENTALIZACIÓN PARA LA POBREZA

Crecimiento Personal y Comunitario en la Pobreza

INTRODUCCIÓN

Llamamos aquí pobreza a esa actitud interior por la que Cristo llama bienaventurados a cierto tipo de gente. Es ese “algo” interior y exterior que nos ha hecho reunirnos aquí para buscarlo juntos.

En este sentido la Pobreza es un regalo de Dios. Es un llamado dirigido a todos, pero que solo aceptan, en definitiva, aquellos a quienes el Padre ha destinado. Y estos son normalmente los pequeños, los humildes, los ignorantes; los POBRES en fin.

Tenemos que partir de esto: como la castidad o la obediencia, no es la Pobreza algo que nazca de nosotros; es un don de Dios, algo que Dios nos da. No es un requisito para que Dios actúe, sino un signo, una huella del actuar de Dios, con el cual colaboramos. Es algo que no se consigue mediante el solo esfuerzo personal. No es la suma de una cantidad de actos o de renunciaciones. No llegaremos mediante un método ascético a vaciar nuestro corazón y a hacerlo pobre. Quizás muchas veces nuestro mismo esfuerzo, nuestra misma actitud autosuficiente en búsqueda de expresiones de pobreza, puede ser un obstáculo a ese don de Dios en nosotros. También en el plano de este carisma, Dios resiste a los soberbios y lo da a los humildes. Sucede como en el orden de la vida. Todo ordenamiento es incapaz de dar la vida; pero la vida crea el orden, y por él subsiste y se desarrolla. Así también: todos los actos de pobreza, aun los heroicos y espectaculares, no lograrán por sí solos crear la pobreza. Mientras que el carisma de la pobreza, si Dios lo da, crea y exige los actos de pobreza.

En toda mentalización personal o comunitaria, sobre la pobreza, es fundamental darse cuenta que ella es un don que nos viene de Dios y que debemos pedirselo a Él. De lo contrario nos gastaremos en esfuerzos inútiles, que en lugar de vaciarnos, de hacernos más disponibles frente a Dios, nos exigirán siempre nuevas actitudes externas que terminan por agotarnos, o por establecernos en esquemas que auto definiremos como “pobres”.

Pero todo don de Dios requiere nuestra cooperación, y una cierta ambientación que le permita desarrollarse. Algo que también la comunidad debe facilitarle al individuo que llega a ella. Si el Don de Dios existe, tiende espontáneamente a manifestarse en actos. Realizaciones que la concretan en la vida de la persona o de la comunidad; y que a la vez le permiten crecer. Un carisma que no se traduzca en actos termina por apagarse. Y entonces las estructuras que lo protegían se convierten en antisigno. ¿No sucede hoy muchas veces que personas provenientes de un estrato social “pobre” son colocadas por su profesión religiosa en la categoría de los “ricos”? (Al menos en cuanto a “signo” para la gente).

Hasta cierto punto se presupone que si Dios llama a uno a la vida monástica, también le ha regalado para poder vivirla, el carisma de la Pobreza, como también el de la Castidad y lo demás. Por nuestra misma vida monástica, estamos llamados a una pobreza voluntarias y Dios nos urge a que encontremos los caminos para manifestarla en lo exterior.

Por lo tanto es necesario que la Comunidad ofrezca al que llega y exija de él, un crecimiento en este carisma, y lo vaya de a poco mentalizando, haciéndolo consciente de ese Don de Dios que

posee y debe vivir. Pero como este Don debemos vivirlo comunitariamente, esta toma de conciencia y este crecimiento deben darse en todos los miembros, incluso como Comunidad.

MEDIOS CONCRETOS

¿Mediante qué medios concretos puede la Comunidad favorecer este proceso en el que llega, en los que la forman, y en ella misma en definitiva? Pensamos que:

A. *En el plano espiritual y humano:* Estos elementos pueden ser importantes:

1. Ponerse en actitud de pobreza ante Dios en la oración personal. Pedírsela a Dios que es el que se la puede dar. Aprender a buscar a Dios en la soledad, en el silencio de la oración, en una actitud de auténtica pobreza humana y espiritual. El monje tiene que aceptar su profunda pobreza de ser hombre: por lo tanto limitado, pecador, incompleto. Es un hombre en búsqueda, y lo que busca es a Dios. La oración tiene que ser su actitud básica de pobreza frente a Dios. Un monje satisfecho en su oración, nunca será pobre, aun que se rodee de las estructuras más pobres que pueda imaginarse.

2. Llevar al que llega, desde el principio, a una auténtica integración en la comunidad. A que esté dispuesto a poner en común sus riquezas humanas y espirituales. Nunca podrá ser pobre aquel que en la Comunidad cierra su corazón egoístamente y se convierte en isla. Alguien de nuestra comunidad ha dicho que tendríamos que tener, una gran imaginación creativa para encontrar caminos nuevos que permitan y faciliten estos contactos mutuos y personales. Somos conscientes de que nos falta un largo camino en este asunto.

3. El que se hace monje debe darse cuenta que renuncia a muchas cosas, para las cuales no encontrará compensación equivalente en el monasterio. Hasta cierto punto, muere. Se renuncia a un cierto porvenir humano, a una manera concreta de realizarse como hombre en su trabajo y sus afectos, sus amistades, sus gustos, su independencia. El que llega, debe sentir que en él, algo muere. Que se vacía de algo. Pero esa manera de morir, de renuncia, se hará concretamente en un monasterio y dentro de una comunidad con otras personas que participan de las mismas renunciaciones. Por eso es fundamental que, comprenda que tendrá que vivir la pobreza de su comunidad no una ficticia que él mismo se organice, Todo monje que forma parte de una comunidad renuncia incluso a la concreción de muchos de sus ideales, aceptando una estructura, unos edificios, una mentalidad, un ambiente social que lo, circunda. No puede vivir cada uno su ideal de pobreza: es un carisma que se vive en comunidad; algo que debe ponerse en común. Eso no quita el esfuerzo por hacerlo evolucionar o cambiar.

4. Esta puesta en común tiene su expresión mejor para el monje como individuo, en la oración comunitaria. Allí es toda una comunidad la que debe unir sus corazones profundamente pobres, de hombres, en esa actitud de pobreza ante Dios. Pobreza que puede manifestarse concretamente a veces con limitaciones morales (pecado), físicas (voz, etc.), psicológicas o espirituales (dificultad de orar). Limitaciones que no deben excluir a nadie de su participación en la oración común.

5. Quizá condición para toda esta integración, y una manera de conseguirla, sea favoreciendo una Verdadera amistad entre el que comienza y la comunidad, a través de alguno de sus miembros. Sólo a través de la amistad podrá tener el corazón disponible frente a los demás.

6. El que ingresa a la vida monástica debe tener en cuenta que ingresa a una comunidad que está en "búsqueda". De allí una cierta adaptación al cambio que pueda producirse, y

que quizás deba producirse. Esto exige una actitud de pobreza que consiste en aceptar anticipadamente el cambio o los cambios que habrán de producirse una vez que ha ingresado. Llevar un esquema inamovible, puede causar en el sujeto una sensación de “estafa” que trae aparejada una actitud de resentimiento hacia la comunidad que le dio acogida (y que luego adoptó cambios) o hacia la parte de la comunidad que los ha patrocinado.

7. La renuncia a la propiedad se da en el servicio total al reino de Dios, de allí una LIBERTAD que da esta renuncia y que capacita a la entrega plena a la obra, del reino. La libertad no considerada Como un mero acto puesto en ejecución de vez en cuando, sino como un rasgo del mismo ser humano. La persona que no “están sencillamente en el mundo, sino que “se sitúa” en el mundo. Libertad es siempre realización personal del hombre, que elige entre unos objetos (“circa media”) con miras a una realización total, a una disposición global de su existencia ante Dios (“circa finem”). Ser pobre es sentirse libre respecto de todo: reputación, bienes materiales, tiempo. Pero, paradójicamente, es devorado por Dios. El pobre no se ata a ningún ídolo, incluida la pobreza material. La figura de Diógenes no es cristiana, Lo contrario de una actitud de libertad frente a los bienes es la PREOCUPACIÓN. Lo cual no quiere decir falta de responsabilidad. En esta hora de profundos cambios en América Latina, cada monasterio debe sentirse responsable de sus bienes frente a la sociedad que lo rodea. Pero, al mismo tiempo libre. Libertad frente a los bienes que hoy se tiene (responsablemente) y libre frente a los bienes que mañana pueden faltar. El verdadero pobre tiene que esperar de Dios este don de la libertad. Y tiene, que esperar con confianza, con serenidad; practicar la pobreza no como una técnica humana (una cierta ascética), sino practicarla para mantenerse LIBRE frente a Dios y a todas las cosas.

8. El pobre, debe ser alegre. Una comunidad pobre no puede ser una comunidad triste. La alegría como fruto del Espíritu es una nota característica del Reino de Dios.

B. En el plano material

1. Ubicar al monje a través de un trabajo serio, que tenga sentido por si mismo (productivo, o de servicio), no como mero valor ascético. Que se sienta obligado por exigencia interior de pobreza a su trabajo. Que sea una manera concreta de aceptar esa condición de ser hombre que tiene necesidades físicas y espirituales, y la obligación de satisfacerlas con su propio esfuerzo.

2. A través de ese trabajo relacionarlo con sus hermanos junto a los cuales trabaja; y también con el medio ambiente en el que se enraíza el monasterio, por el contacto con las demás personas que allí trabajan. Su trabajo debe estar encarnado, en la realidad social concreta. Si se quiere ser signo, es necesario hablar un mismo lenguaje.

3. Tomar conciencia del signo distinto que adquiere su trabajo, por ser él un monje, llamado a ser signo de otra realidad. Esto es particularmente fuerte si en el monasterio el monje es llamado a ejercer un trabajo, una técnica o una habilidad similar a la que tenía antes en el mundo. Tendrá que aceptar además, las limitaciones que le impone el ser monje. Aceptar el que sus medios sean pobres, y no suficientemente aptos. Falta de horas, día fragmentado, falta de desplazamientos, pobreza de relaciones, pequeñez de oportunidades, incomprensión del ambiente.

4. El puesto de ecónomo -indispensable en la comunidad- somete muchas veces a un solo monje de la comunidad a una gran tensión. Actuando como personero de la comunidad se ve obligado a tomar actitudes de “poderoso” que pueden dificultar su vida comunitaria. Quizás se podría compartir entre varios la tensión de esas responsabilidades, y a la vez sensibilizar a la comunidad manteniéndola informada de muchos detalles de su propia vida económica.

REALIDAD Y MENTALIZACIÓN COMUNITARIA

Pero todo esto es difícil lograrlo individualmente para el monje (tanto el novicio como el profeso) si no se dan las mismas actitudes comunitarias. También la Comunidad debe:

1. Compartir sus riquezas (dentro y fuera de ella misma); riquezas espirituales, humanas y materiales; con su modalidad propia en cuanto monasterio. Tampoco puede ser pobre un monasterio isla, aunque tenga estructuras pobres. Porque la pobreza exige por sí misma apertura y comunicación. Hay hombres sin pan y hombres sin paz. Ambos son pobres. Históricamente los hombres han venido a los monasterios más en busca de paz, que de pan. No debemos negarles esa riqueza. Nuestros monasterios tendrían que ser lugares accesibles a hombres de todas las ideologías, que quieran encontrar por unos días la paz. Particularmente en nuestra Iglesia Argentina.

2. A través de un trabajo serio la comunidad debe enraizarse en su medio ambiente. Pero tendrá también que aceptar la pobreza de su signo. Signo limitado por el ambiente en que Dios la quiere. Su signo tiene que ser primariamente para ese lugar; con la certeza de que no será demasiado comprendida. ¡Nadie es profeta en su tierra! ¡Ni siquiera las comunidades! Quizá también nuestras comunidades tengan que renunciar a ser signos en una América Latina única (si es que existe), para ser muy concretamente en su región. No nos toca ser más que un signo parcial, pobre, sin resonancia ni lustre en una historia continental apasionante. Aceptar el ser tomados por inútiles, incluso por muchos dentro de la Iglesia. No deslumbraremos a nadie, y hoy menos que nunca. Tenemos una tendencia a querer ser focos, a cuya luz marchen los demás. Nuestro trabajo tiene un signo distinto que la mera producción o el desarrollo social. Somos primariamente testigos de otra cosa: del REINO.

3. La oración comunitaria tiene que tener un valor central. Por ella toda la comunidad se pone en actitud de pobreza frente a Dios, con Cristo pobre, y participa de la riqueza de Dios. De ella cada monje debe sacar la riqueza que alimenta su propia oración, y en ella debe confluir la riqueza y la pobreza de la oración de cada uno. La estructura de su oficio y de su liturgia eucarística, y su distribución en el horario del día, deben facilitar esa participación de todos los miembros de la comunidad.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Pero la pobreza no es un don de Dios que se pueda vivir aislado, o sin relación con los demás dones. Está profundamente condicionado y unido a los otros dones de Dios. En la historia de los monasterios que han existido se ve cómo la pobreza, o su falta, fue un signo de la existencia, o de la carencia, de todo lo demás: disciplina, oración, unión interna, castidad. Quizás hoy la pobreza tenga una urgencia particular como signo. Pero esto mismo es signo de la urgencia de las demás cosas de nuestra vida comunitaria: auténtica vida de familia, vida de oración común e individual. No vale nada ser pobres, si no somos hombres de Dios; y ni siquiera seríamos pobres en el sentido del Evangelio.

Debemos mentalizarnos y crecer individual y comunitariamente en el hecho de que somos hombres de Dios, hombres de oración, signos de un Reino distinto que el que se realiza con el solo esfuerzo personal.

No hace mucho en este invierno, se le preguntó a un linyero que cayó a nuestro tinglado, si creía en Dios. Y su respuesta fue: “¿Y cómo no voy a creer en Dios, si es lo único que me queda?”. En última instancia el crecer en la pobreza, tanto para el individuo, como para la comunidad, es

un crecer en la fe. Una fe concreta, que para el monje es saber que: “Dios es lo único que nos queda”. Buscamos a Dios en la pobreza.

Los Toldos - Buenos Aires